

CANCIONERO SEVILLANO B 2495
DE LA *HISPANIC SOCIETY*
OF AMERICA

Edición de

JOSÉ J. LABRADOR HERRAIZ
RALPH A. DIFRANCO
JOSÉ MANUEL RICO GARCÍA

Prólogo de

SAGRARIO LÓPEZ POZA



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla, 2006

ÍNDICE

PRÓLOGO de Sagrario López Poza.....	11
I. ESTUDIO PRELIMINAR.....	15
1. El manuscrito.....	17
1.1 El dueño sevillano Francisco José Aldana y Tirado.....	20
1.2 La formación del tomo.....	22
2. Las justas poéticas en el <i>Cancionero</i>	26
3. Autores y composiciones.....	32
3.1 Rimadores de excelente oficio.....	32
3.2 Los poetas de negro.....	32
3.3 Los poetas de blanco.....	37
3.4 Los poetas repentistas.....	37
3.5 Esos desconocidos.....	39
3.6 Unas escogidas <i>flores de los más ilustres poetas de España</i>	39
4. La sátira social y política en el <i>Cancionero</i>	51
5. Conclusiones.....	56
6. Criterios de edición.....	58
II. TEXTOS.....	61
III. NOTAS.....	497
IV. BIBLIOGRAFÍA.....	537
V. ÍNDICES.....	563
Índice de autores.....	565
Índice de poemas que comparte con otras fuentes.....	567
Índice de nombres propios.....	573
Índice de primeros versos.....	587
LÁMINAS.....	599

PRÓLOGO

“El mundo todo se encuentra dentro de Sevilla”, así resumía el madrileño Agustín de Rojas Villandrando la grandeza de la ciudad bética en 1603, precisamente en la década en que podemos fechar un buen puñado de composiciones que se reunieron en este manuscrito. Sevilla, “inundada de miles de copleros y oficientes de poetas”,¹ la urbe que “se convirtió en la primera ciudad productora de libros en el país”,² desborda con su poesía el epígrafe bajo el cual se han agrupado altas cimas de la literatura española, con Herrera al frente. La poesía sevillana del Siglo de Oro, como la salmantina (difícil es meter tanta lírica en dos “escuelas”), rebosa los perímetros en que los historiadores la han querido encerrar, acaso porque una buena parte de su creación poética había quedado asombrada, escondida en manuscritos. Bien es cierto que aquellos doctos poetas que se reunían en “centros privados de cultura, llámense tertulias o academias”³ –las Academias de Mal Lara o de Diego de Girón, por ejemplo– han ocultado el quehacer de otros poetas, poetastros y rimadores que pueblan el “variopinto Parnaso sevillano”.⁴ En definitiva, fue poesía que gustaba en Sevilla, que circulaba por Andalucía, y que hasta algunas composiciones vieron la luz en letra de molde. Variopinta, sin duda: aquéllos, los humanistas –como Herrera– empeñados en diferenciar su línea petrarquista y garcilasiana; los demás, abundando en la otra trayectoria, la popular y tradicional (aunque no por eso inculta), preferida por el vulgo y contada en versos llanos, ya fueran villancicos para las canciones, coplas reales o redondillas para las glosas. Toda ella es –más o menos elaborada e inspirada– poesía sevillana, versos que nacieron junto al Guadalquivir y a la sombra de los grandes negocios de ultramar: composiciones de los poetas cultos “que escribieron para sus amigos, contertulios o lectores sevillanos”,⁵ y la de

¹ Begoña López Bueno, *La poesía cultista de Herrera a Góngora. (Estudios sobre la poesía barroca andaluza)*, Sevilla, Alfar, 1987, p. 68.

² Ob. cit., p. 61.

³ Ob. cit., p. 61.

⁴ Ob. cit., p. 69.

⁵ Asunción Rallo, “La prosa humanista y la oratoria”, en Antonio Prieto, (ed.), *Historia de Andalucía*, vol. V., Barcelona, Cupsa-Planeta, 1981, p. 144.

la mayoría de los poetas de este *Cancionero* que compusieron –como dicen los editores– para su propia gloria más que para la gloria del Señor. Era su forma de entender la poesía como repentista y chispeante, adornada con refranes y dichos populares, que se entreveraban con complejos conceptos, agudezas verbales y algún que otro latinajo; poesía puesta en escena en reñida competición entre vates, versificadores siempre hurgando en su propio magín para buscarle las vueltas al ingenio y la mayor flexibilidad a las rimas, cuando no –en el peor de los casos– para tratar de rematar el poema a trancas y barrancas. Eran, en definitiva, las normas de un juego impuesto por el mayor acontecimiento festivo y literario tan en boga: las justas poéticas. Un poema por unas calzas, otro por un pañuelo bordado, otro por unas varas de paño.

Pero algo más se esconde tras estos tangibles regalos. Más allá de la elusiva fama y de los premios, la participación de poetas jesuitas –rimadores, si se quiere– en festejos populares es parte de la estrategia seguida para consolidar su presencia en la rica ciudad andaluza. Al darse a conocer, acrecentaban así su influencia en la sociedad. Hacerse gratos a los vecinos era una de las máximas a poner en práctica. Francisco Alemán, Hernando de Ávila y Sotomayor, Francisco de Castro, Lázaro Díaz, Diego Martínez, Francisco de Medrano, José Suárez del Águila e Ignacio Yáñez, todos ellos son jesuitas; más tres laicos muy afines a la Compañía: el médico Alonso Díaz, Miguel Cid y Juan de Arguijo. Los tiempos que corrían fueron muy favorables para los jesuitas, que consiguieron la beatificación de san Ignacio en 1609, la de san Francisco Xavier en 1619 y la canonización de ambos en 1622. Eran otros tiempos.

La participación de los franciscanos en este *Cancionero* es nula; sin embargo, tres dominicos dejan poemas en sus folios: Juan Bautista de Carrión, que se llevó el tercer premio en una justa, Tomás Martínez y Jerónimo Mendoza, de los que apenas nos quedan noticias.

Tanto este *Cancionero*, como su allegado el *Fuenmayor*, son predominantemente colecciones de poesía religiosa, escrita casi exclusivamente por gente de la Iglesia. Tienen sus poemas, por tanto, una finalidad pastoral con el triple propósito de edificar, educar y entretener. Sus versos van dirigidos al pueblo devoto de todas las capas sociales, y eso lo tienen bien presente los vates, por lo que se pliegan a un lenguaje accesible al público y lo adornan con toda una gama de registros que hace las delicias de los oyentes.

Codo con codo, se une a esta poesía devota la heroica. No es novedad, pues ya Herrera había dedicado solemnes versos al héroe don Juan de Austria y a la sublime Batalla de Lepanto. La novedad, tan popularizante, reside aquí en la actitud patriótica que quieren mantener en candelero varios poemas de esta colección. En Herrera –como ha escrito Cristóbal Cuevas– se aúnan “la culminación de

dos procesos agónicos que él consideraba, en el fondo, igualmente hazañosos: el heroico y el patriótico”;⁶ en este *Cancionero*, como en el *Fuenmayor*, se suman la Fe y la Patria que se defienden no sólo con pólvora y cañones sino con la poderosísima y contundente arma del Rosario y los clarines de la poesía. Era una manera de hacer patria, desde el salón del hacendado hasta la choza del más pobre creyente.

El *Cancionero* adquiere una nueva dimensión al sumarse a él media docena de poetas que han pasado a ser nombres canonizados por los historiadores de la lírica castellana. No podía faltar fray Luis de León en un repertorio de poesía religiosa y, además, de jesuitas. También lo pedía, por atracción, el ambiente de la poesía horaciana que se respiraba en Sevilla. Más sorprende ver los versos del aragonés Lupercio Leonardo de Argensola viajando por Sevilla, pero su poesía religiosa –por escasa– le interesó al compilador. Góngora, con su *letrilla* jocosa y dos romances, testimonia que la poesía más accesible del cordobés recorría España. El soneto rufanesco y satírico de Cervantes al exagerado túmulo de Felipe II se abre camino entre otros de temática religiosa, por su topografía sevillana; su presencia no debe sorprender a nadie ya que era composición difundida por España, Italia y Portugal. El repentista Vivar, en visita a Córdoba, con sus glosas disparatadas a unos *pies*, añade una nota humorística más a la miscelánea. Medrano, Arguijo y el canario Cairasco tienen legitimada su presencia en una colección sevillana. El gusto religioso del compilador, acaso Aldana y Tirado, hizo que Lope estuviera presente al añadir un cuadernillo más en el que se copiaron doce romances de Lope y dos de Valdivielso, que aparecen atribuidos al Fénix en este y otros testimonios desde que en 1620 se incluyeron, como obra de Lope, en un impreso en 16º titulado *Catorce romances a la Pasión de Christo N. S.* (Cuenca, Salvador Viader), obra cuyas ediciones se multiplicaron hasta el siglo XIX.

Preciso es destacar las documentadísimas anotaciones a los poemas que reflejan su difusión y transmisión en fuentes manuscritas e impresas, tentador punto de partida para que los estudiosos de la lírica áurea estudien cada caso en particular y, como complemento, sirviéndose de las concordancias con otras fuentes, confronten las afinidades de unos manuscritos con otros, de manera que con el tiempo podamos obtener una visión más completa de lo que fue la lírica de principios del XVII. Sin lugar a dudas, esta edición, unida a las tres anteriores, –más una quinta que está en preparación– ofrece una visión más completa de la poesía sevillana y descubre nuevos linderos de la poesía que gustaba junto al Guadalquivir en el Siglo de Oro.

SAGRARIO LÓPEZ POZA
Universidade da Coruña

⁶ Cristóbal Cuevas, Fernando de Herrera (ed.), *Poesía castellana original completa*, Madrid, Cátedra, 1985, p. 46.